

para seguir fielmente el orden cronológico de sucesos anexos á mi asunto, como para dar á conocer la ilacion indispensable de estos acaecimientos, con los que dieron márgen á la conquista espiritual del reino de Mechoacan, por donde me fué preciso principiar desde su origen del establecimiento de la fe en las Indias Occidentales, hasta llegar insensiblemente á los fundamentos de mi santa Provincia en aquel reino. Dejamos pues de referir por menor las circunstancias de esta entrada de los españoles en la Corte imperial de México, ni las de su grandeza, del origen de su poblacion, de los usos de aquellos indios mexicanos, de sus festividades, sacrificios, ceremonias, hechicerías y supersticiones, porque se hallan á cada paso y con prolija repeticion en las historias de las Indias, reservándome tratar en su propio lugar de mi Crónica, de los indios tarascos, usos y costumbres, que en muy poca cosa difieren de las de los mexicanos.

CAPITULO XXXIV.

CAUSA POR QUE ACUERDA HERNAN CORTES APODERARSE
DE MOCTEZUMA: PRISION DE ESTE EMPERADOR:
SUPLICIO DE QUAUHUPOCA, SEÑOR DE NAUTLA: CONJU-
RACION DE CACAMATZIN, REY DE TEXCUCO:
MOCTEZUMA LE ENTREGA A CORTES: SU CASTIGO: RE-
CONOCIMIENTO DE VASALLAJE QUE HACE MOC-
TEZUMA AL REY DE CASTILLA, Y TRIBUTO QUE LE DIÓ:
AÑO DE 1519.

Observaban los españoles todas estas novedades no sin grande admiracion. Como Moctezuma era amigo de espectáculos y regocijos públicos, procuró en aquellos primeros dias que se hiciesen con mayor esmero para festejar á los españoles. Todo su conato era ocuparlos en varios entretenimientos: llevaba siempre consigo á Cortés, asistido de sus capitanes: frecuentábanse las

visitas, unas veces Cortés en Palacio, y otras Moctezuma en el alojamiento: con esta comunicacion se iba Moctezuma aficionando á los españoles: no acababa de admirar las cosas de España, y hacia altísimo concepto de su Rey. Procuraba, por consiguiente, ganar las voluntades, repartiendo joyas y preseas con gran discrecion á los cabos y soldados de Cortés. Los nobles, á su imitacion, hacian lo mismo á proporcion, y los indios todos doblaban la rodilla al menor de los soldados. Hacian esta ostentacion de sus habilidades con deseo de festejar á los forasteros: gozábase de un sosiego muy divertido; pero no tardaron en manifestarse los cuidados, porque llegaron á este tiempo nuevas de Veracruz á Hernan Cortés que mudaron el semblante de las cosas. Juan de Escalante, que quedó con el gobierno de aquella nueva poblacion, supo que andaba por aquellos parajes un general de Moctezuma llamado Quauhpopoca, el que con su gente hacia grandes violencias en los pueblos de los totonaques y zempoales confederados de aquella villa, obligándolos á pagar el tributo con grandes extorsiones, por más que representaban que Cortés les habia mandado que no lo pagasen más, por ser así la voluntad del Rey. Vióse precisado Juan de Escalante, para reprimir estas vejaciones, salir á campaña en defensa de sus aliados, instado de las quejas de los indios

amigos. Dejando bien moderada guarnicion en la plaza de Veracruz, fué con su pequeño ejército á castigar las insolencias de Quauhpopoca, y le halló con sus mexicanos bien prevenido y con superiores fuerzas á las suyas, cerca de un pueblo que despues se llamó Almeria. Llegaron á las manos, y al primer acometimiento de las tropas mexicanas, huyeron los totonaques, dejando algunos muertos en el campo: desamparados los castellanos de estas tropas auxiliares, cargaron solos á la gente de Quauhpopoca con tal valor y resolucion, que á breve rato cedieron los mexicanos y trataron de retirarse desordenadamente. Fué muy señalada esta victoria, pero igualmente costosa, porque Juan de Escalante y otros seis soldados salieron mal heridos, y Escalante luego que volvió á la Veracruz murió de resulta de las heridas. Los indios se llevaron vivo á un soldado llamado Juan de Argüello, natural de Leon, para sacrificarle á sus dioses, que cayó peleando valerosamente y no pudo ser socorrido con tiempo. Súpose por los mexicanos que se hicieron prisioneros, que por complacer á Moctezuma habia Quauhpopoca, señor de Nautla, suscitado esta traicion, entretanto procuraba agasajar en su Corte á Cortés y á su gente. De todas las circunstancias de esta accion daba cuenta el ayuntamiento para que se nombrase sucesor á Juan de Escalante

y se tuviese noticia del estado en que se hallaban. Pensativo Cortés sobre este hecho de los mexicanos, y considerando el gran peligro en que se hallaba él y todo su ejército, consultó á los capitanes sobre el partido que se habia de tomar: hubo varios pareceres, pulsáronse todos los inconvenientes, y al fin prevaleció la resolución que arbitró Cortés, á fin de prevenirse contra una muerte cierta, pues los tlaxcaltecas le afirmaban que descubiertamente trataban los mexicanos de romper las puentes levadizas de la ciudad y de sus calzadas, y que tenían acopiados muchos pertrechos de guerra: resolución por cierto de las más arduas y grandes que han visto los anales del tiempo, y fué la de prender á un Rey tan poderoso dentro de su Corte; acción que parece increíble, y siendo verdadera, tiene lugar entre los medios admirables é imperceptibles de que se valió Dios en esta conquista para la salvación de aquellos bárbaros.

Finalmente, dispuso Cortés la prisión de Moctezuma con la mayor sagacidad, ordenando que se tomasen las armas en su cuartel sin hacer ruido ni moverse hasta nueva orden. Mandó que algunas cuadrillas ocupasen las bocacalles y otros puestos convenientes. A la hora que Hernan Cortés solia ir á visitar al Rey, fué al palacio con los oficiales de su confianza, siguiéndoles disimuladamente unos treinta españoles de su satisfacción.

No hizo novedad el verlos con todas sus armas, porque las tratan ordinariamente como una costumbre militar. Salió Moctezuma, segun lo habia acostumbrado, á recibir la visita; y Cortés empezó á dar sus quejas contra su general, el cual habia acometido el presidio que tenia en Veracruz, infringiendo el derecho de gentes, diciéndole que era un delito de que debia dar satisfacción á Dios y al mundo por haber muerto á ocho españoles, y especialmente á uno que habian hecho prisionero y sacrificádolo á sus dioses á sangre fría, en venganza de su propia ignominia de haber sido vencidos; y últimamente, le afeó una acción tan indigna de su grandeza, como el haber movido esa guerra de su orden, segun la disculpa de Cuauhpopoca, quien así lo decia. Mudó de color Moctezuma al oír este cargo y pretendió negar el hecho; pero Hernan Cortés le propuso que para borrar esta grave culpa convenia que se diese por preso y se fuese al alojamiento de los españoles, como que nacia de sí propio, dándole su palabra de honor que seria tratado entre los españoles con todo el acatamiento debido á su persona. Calló por el pronto Moctezuma; pero en breve respondió impaciente, que cómo habia de hacer esta indecorosa demostración; que se contentase con la orden que tenia dada para que le enviasen á Cuauhpopoca.

Duró largo rato la porfia, resistiéndose siempre Moctezuma á abandonar su palacio; mas Cortés no desistia de su propósito de que se entregase á los españoles, lo cual repugnaba Moctezuma. Viendo esto uno de los capitanes castellanos que se hallaban presentes, y que consideraba el peligro de la dilacion, dijo en voz alta: Dejémonos de buenas palabras y tratémos de prenderle ó de matarle. Reparó en ello Moctezuma, y preguntó á Marina qué decia tan descompuesto aquel español; y ella, con grande discrecion, respondió: « Mucho aventurais, señor, si no cedéis á las instancias de esta gente, porque ya conoceis la fuerza superior que les asiste. Si vais con ellos, seréis tratado con el acatamiento que se debe á vuestra persona, y si haceis mayor resistencia peligrá vuestra vida. »

Impresionado Moctezuma con estas palabras de Marina, se decidió al fin á seguir á los españoles; y dando á sus ministros cuenta de las consideraciones que le movian á ir al cuartel de los españoles, partió, con la pompa acostumbrada, al alojamiento de los españoles, manifestando en el exterior que mudaba con gusto su habitacion por motivos políticos; pero en lo interior era grande su pena; y á pesar de esto, se portó con tal grandeza de ánimo, que todos sus vasallos vieron por entónces como determinacion suya este retiro y

no pasaron á discurrir en la osadía de los españoles.

Así se dispuso la prision de Moctezuma; y aunque despues procuraban los mexicanos valerse de muchos medios para sacar de ella á su Rey, todos fueron inútiles por la gran vigilancia de nuestras guardias; pero al fin, en pocos dias, estaba ya tan bien hallado en ella, que no echaba de ménos su palacio. Cortés tenia particular cuidado en que todos sus españoles tratasen con la debida reverencia á este Emperador, aunque prisionero; y él mismo, con el respeto que le guardaba, daba ejemplo á todos, y de este modo tranquilizó el ánimo de Moctezuma. Perdió la novedad entre los mexicanos el suceso de la prision de su Rey en el alojamiento de los españoles: veneraban la determinacion de su soberano, sin examinarla; y Moctezuma, aunque Cortés le brindaba con su libertad y le rogaba que se volviese á su palacio, porque no le tenia preso, respondia que se lo agradecia; pero que, pareciéndole bien las costumbres de los españoles, estaba con gusto entre ellos. No sentia el peso de sus verdaderas cadenas, porque hacia sus funciones de rey con la misma distribucion de horas que solia, y cuidaba del gobierno político y militar de sus reinos, poniendo particular cuidado en que no se conociese la falta de su libertad.

A los veinte dias despues de la prision de Moctezuma, trajeron preso á Cuauhpopoca á la presencia del Emperador, quien le mandó entregar á Cortés para que, averiguada la verdad, se castigase como merecia. Sustanciósse la causa y se le dió sentencia de muerte, con la circunstancia de que fuese quemado su cuerpo delante del palacio real, como reo de lesa-majestad. Miéntras se ejecutaba esta sentencia, con las cautelas necesarias, reprendió Cortés á Moctezuma acrememente, amenazándole con quitarle la vida por haber sido causa de la muerte de los castellanos, aunque queria negar el hecho; y con atrevida resolucion le mandó poner unos grillos, sin dar lugar á que le replicase. Fué grande el dolor y asombro de Moctezuma cuando se vió tratado de un modo tan ignominioso: insistia en que no tenia culpa, y atribuía su infeliz estado á la altissima disposicion de sus dioses; pero supo sufrir con grande resignacion y magnanimidad esta afrenta, no obstante el cuidado que tenia del peligro de su vida. Ejecutado el suplicio de Cuauhpopoca, sin que los mexicanos se atreviesen á moverse, quizás indignados de que este señor hubiese culpado á su Rey, ó tal vez por no empeorar la mala suerte de éste, volvió Cortés al cuarto de Moctezuma y le dijo que, aunque por la confesion de su general le habia castigado de aquel modo por

su atroz delito, siendo digno de mayor pena, que en atencion al amor que le profesaba y á que no se podia persuadir que semejante accion hubiese sido autorizada por un principe tan grande, le mandaba quitar los grillos: alivio que agradeciό tanto Moctezuma, que le abrazó dos ó tres veces. Quedó Moctezuma desde aquel dia prisionero voluntario de los españoles, haciéndoles grandes mercedes, y acreditando con sus palabras y acciones cuánto estimaba la urbanidad de Cortés y la sinceridad de su ánimo. Instóle Cortés para que se volviese á su palacio cuando quisiese; pero no admitió la oferta entónces, por parecerle que no convenia en las presentes circunstancias apartarse de la compañía de los españoles; mas cuando le pareció que tenia segura y merecida la confianza de Cortés, quiso experimentarla, pidiéndole licencia para salir alguna vez á sus templos, dándole palabra de volverse prontamente á su prision. Concediósele Hernan Cortés, pero con la condicion que desde aquel dia habian de cesar los sacrificios de carne humana, lo cual prometió Moctezuma, prohibiendo en efecto en todos sus Estados este género de sacrificios. Continuaron despues sus salidas, y se volvia despues con puntualidad al alojamiento de los españoles, sin intentar jamás mudar de residencia, porque juzgaba (como estaban las cosas) que es-

taba con más seguridad entre los españoles que entre los suyos, recelándose que, como aquel imperio era electivo, le privasen de su dignidad por el poco recato que había tenido con los extraños, enemigos del imperio. Se hallaba también entre los españoles, que se llegó á considerar por los mexicanos esta estancia de su Rey entre los forasteros como un favor que éstos le hacían, por lo cual los nobles visitaban á Cortés y á los principales capitanes del ejército español, á fin de encaminar mejor sus pretensiones, puesto que los consideraban muy estimados y validos de su Emperador.

Año de 1520.—Entretanto duraba este estado de tranquilidad, no se descuidaba Cortés en las prevenciones que podían conducir á sus altos designios. En sus conversaciones amistosas con Moctezuma, le preguntó en qué parte de su imperio estaban las minas de oro y de plata, y si había algún puerto en la costa del mar del Norte adonde pudiesen surgir con seguridad los navíos de Castilla. Dijole Moctezuma, que en cuanto á las minas, tenía noticia que de donde más le solían traer oro y plata era de la provincia de Zacatula, hácia el Sur, que distaba de México como doce soles ó jornadas, y que también se cogía en la parte del Norte en los ríos de Chinantla; y que en las tierras de los zapotecas ha-

bia abundancia de uno y otro metal; que tocante á puertos seguros para el fin que se proponía, se podía satisfacer con registrar un mapa que le dió. Era, propiamente, un lienzo de algodón, en el que estaba pintada toda la costa, con sus ríos y ensenadas, desde Pánuco hasta Tabasco, muy al natural, que tendría de extensión cosa de ciento y cuarenta leguas, é iba señalado el gran río de Guazacualco con todos sus giros.

Aprovechóse Hernán Cortés de estas noticias, y despachó varios capitanes para que indagasen con certeza los parajes en que se hallaban las minas, persuadido de que de este modo ganaría un gran socorro de oro y plata que enviar al Rey para desvanecer las quejas que los protectores de Velázquez podían intentar contra él. Y como el mismo Moctezuma le había ofrecido mandar indios que se las mostrasen á sus capitanes, obtuvo competente número de indios que les acompañasen, dándoles un término fijo para que ejecutasen esta exploración, según sus deseos; pero al mismo tiempo dispuso que se condujesen de la Vera-Cruz algunas velas, jarcias, clavazón y otros restos de los navíos que se barrenaron, con el intento de fabricar dos bergantines que tener á su disposición en la laguna para facilitar el paso por esta parte, porque había oído decir á los

tlaxcaltecas que los mexicanos trataban de quitar los puentes levadizos y romper las calzadas. No le faltó sagacidad para persuadir á Moctezuma de la ventaja que le resultaria del conocimiento de la navegacion, y que él le podia facilitar un bosquejo de las embarcaciones que se usaban en España, excitando su curiosidad con una breve explicacion de estas prodigiosas máquinas, que se movian al impulso del viento. Moctezuma le manifestó un gran deseo de saber cómo se podian mover cuerpos tan pesados con la facilidad que le ponderaba, porque los mexicanos ignoraban el uso de las velas. Se dió principio á la obra por mano de los maestros de esta profesion que venian en el ejército en clase de soldados, ayudando á cortar y conducir la madera, de orden de Moctezuma, los carpinteros de la ciudad, con cuyo auxilio se acabaron los bergantines en muy poco tiempo. Concurria toda la gente de la ciudad á ver aquellos, que en su lengua llamaban casas portátiles; pero de lo que más se admiraban era del manejo del timon y del oficio de las velas, que (á su modo de pensar) mandaban al viento y á las aguas.

Así introdujo Cortés esta novedad, que se dirigia más al logro de sus fines que al provecho de los mexicanos, pero al fin fueron bien recibidos los bergantines. En todas estas cosas se veía

la grande vigilancia de Cortés, quien cada dia se granjeaba más la estimacion de Moctezuma con su buen modo y sagaz política en que demostraba su ánimo, contemplándole segun las circunstancias del caso ó convenia á sus designios.

Hallábanse ya los españoles bien seguros de la buena voluntad y grande aficion de Moctezuma, y se gozaba de un sosiego favorable, cuando se descubrió un movimiento de conspiracion, que puso en gran riesgo las prevenciones de Cortés. El autor de esta conspiracion fué Cacamatzin, sobrino de Moctezuma y Rey de Tezcucó, mozo ambicioso y belicoso, el cual aborrecia á los españoles, y bajo el pretexto de sacar de la opresion á su tio, aspiraba á la corona imperial. Convocó á sus nobles y principales Caciques, persuadiéndoles que mirasen por su libertad, su honra, su patria y su Rey, afeando la cobardía de Moctezuma y el atrevimiento de aquellos pocos extranjeros en prender á su Emperador; que tenían fuerzas para castigar á los españoles, quienes en menosprecio de sus dioses introducian en el templo el suyo, y con la mayor osadia disponian ea todo del gobierno; que ya era tiempo de volver por el honor de sus dioses y de las leyes del imperio, haciendo todo empeño para acabarlos y restituir el imperio á su antiguo esplendor. Sembró esta zizaña entre los demás reyezuelos de

la laguna, quienes prestaron oídos á su conspiracion. Entraron en ella los reyes de Cuyoacan, Iztapalapa, Tacuba, y otros Caciques de suposicion, ofreciendo sus personas y todas sus fuerzas. No pudo formarse esta conjuracion con tanto secreto que no llegase casi á un mismo tiempo á saberse de Cortés y de Moctezuma. Quiso Cortés atajarla en su origen, y propuso á Moctezuma que el mejor partido era que él fuese personalmente con sus españoles á acometer en Tezcucó á Cacamatzin y traerle preso, porque de otro modo se veria en la precision de usar de medios más violentos. Moctezuma le contuvo, haciéndole ver que aquella ciudad era fuerte por su situacion en medio de las aguas de la laguna, y que no ignoraba que la gente de Culúa acudiria de buena gana á la defensa de su sobrino por tenerla á su favor; que por la experiencia que tenia del humor de sus vasallos, apagaria ese fuego con maña, y que le dejase obrar.

Tomó Cortés el consejo, y Moctezuma envió luego unos mensajeros para que dijesen de su parte á su sobrino, que no prosiguiese en semejante intento; y porque á esto respondió con demasiado brío y se explicó con desacato de Moctezuma y desestimacion de Cortés, ordenó que algunos capitanes indios de su confianza le asaltasen de noche en su casa y le trajesen preso á

México. Se ejecutó fielmente esta comision; y sin que bastase su fuerte resistencia le prendieron, y prontamente le llevaron por la laguna á la presencia de su tío el Emperador Moctezuma, quien no le quiso ver, y mandó le entregasen á Cortés para que le tuviese asegurado en la cárcel de sus nobles, y fuese tratado como reo de pena capital.

No hacia mucho tiempo que un hermano de Cacamatzin, perseguido y temeroso de que éste le quitase la vida, habia escapado de sus manos y se habia refugiado en el sagrado asilo de su tío Moctezuma. Puso Cortés los ojos en él, por considerarle mozo de valor y de prendas, que no dejaria de quedarle agradecido; y para ganarle completamente á su partido, le propuso á Moctezuma que le diese el señorío de Tezcucó, pues Cacamatzin su hermano se habia hecho indigno de aquel reino por haber conspirado contra su soberano, no hallando muy prudente por entonces castigar su rebelion con pena capital, puesto que se le podia aplicar otro género de muerte, ménos ruidosa y más terrible para él, cual era el privarle de su reino, y esto traeria la ventaja de infundir el terror en todos sus parciales, quienes escarmentarian.

Agradó mucho á Moctezuma este pensamiento, y se resolvió á dar al hermano de Cacamatzin

el título y corona de Rey, y la voz electoral, con la solemnidad acostumbrada. Le prometió igualmente mirarle y favorecerle como hijo suyo, y le dió consejos muy prudentes tocante al modo de portarse en su gobierno. Dióle asimismo á entender, que el haber llegado á tan alto estado se lo debía á Cortés, por lo cual debía vivirle siempre reconocido. Dichosa resolución para los españoles; pues, como dice un autor que escribió estos sucesos, si hubiera habido muchos Cacamatzines, no hubiera salido tan bien la conquista. Permitelo Dios así, porque cuando quiere que se muden los imperios hace que se yerren los consejos aun en las cosas más fáciles. En este caso, no se puede atribuir sino á su Divina Providencia tan favorable determinacion, pues parecia increíble que Moctezuma quisiese castigar con tanta severidad á su deudo en pago de haber mostrado tanto valor para sacarle de su prision; empeño que habia de causar en él mayor estimacion si Dios, para sacar á aquella tierra del cautiverio del demonio, no pusiera en Moctezuma los respetos que tenia á Cortés y á los españoles. Tuvo notable aplauso este género de castigo, sin sangre, que se atribuyó al gran juicio de Cortés y de sus españoles, porque no esperaban de Moctezuma semejante moderacion; y fué de tanta consecuencia, que los conjurados, depuestas las armas, ocur-

rieron á la clemencia de su emperador. Al cabo de pocos dias dieron garrote secretamente á Cacamatzin, y este fué el fin desastrado que tuvo este último Rey de los Aculhuas, con que se deshizo aquella tempestad, y Moctezuma agradeció á Cortés la quietud de su imperio, hallándose más propenso para acceder al motivo de la Embajada de Cortés, que se reducía al reconocimiento que pedia de parte de aquel emperador á la majestad de Carlos V.